

# BREVE HISTORIA DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Stephen Bevans, SVD

## Introducción

“La iglesia es, por su naturaleza, misionera”, dice el Decreto del Vaticano II sobre la actividad misionera de la iglesia, porque participa en la misma vida del Dios Trino cuya identidad consiste en un amor que se prodiga.<sup>1</sup> Desde el primer nanosegundo de la creación Dios ha estado presente a través de su Espíritu, y presente concretamente en la historia mediante la encarnación de la Palabra Divina. Por lo tanto, cuando hablamos de la historia de la misión de la iglesia estamos hablando de la historia de la iglesia. En los estudios históricos se distinguía la “historia de la iglesia” de la “historia de la misión”, pero ésta es una distinción que está resultando cada vez menos válida. Obras como *History of the World Christian Movement*, de Dale Irvin y Scott Sunquist; *Christianity: A Short Global History*, de Frederick A. Norris; y el volumen que está preparando Roger Schroeder, están contribuyendo a cambiar la perspectiva en la comprensión de la historia de la iglesia.<sup>2</sup>

La misión no es algo tangencial a la historia de la iglesia. Está en el corazón mismo de la vida eclesial. La historia a la que nos referiremos será la de la actividad misionera de la iglesia, de ahí que no nos detengamos demasiado en concilios y papas ni en los acuerdos concertados entre la iglesia y los estados. Pero los acontecimientos, movimientos y personas que iremos encontrando en las páginas siguientes serán igualmente importantes en la historia global de la iglesia. Aunque algunos de los acontecimientos y personalidades centrales serán iguales que en los tratados clásicos de historia de la iglesia, muchos otros no lo serán. Hablaremos sin duda de Gregorio Magno, Carlomagno, Lutero, Francisco, Clara, Nicea, Trento, Ignacio de Loyola y Rosa de Lima, pero incluiremos también a grandes misioneros como Alopen, Agustín de Cantorbery, Cosme y Damián, Ramón Lull, Mateo Ricci y Marie de la Encarnación. Contemplar la historia de la iglesia desde una perspectiva misionera nos ayudará también a entender que nuestra iglesia ha sido siempre una iglesia mundial, y que siempre el movimiento cristiano ha sido un movimiento cristiano mundial. La misión de la iglesia siria oriental en la “ruta de la seda” y en China es tan importante como la misión de Patricio en Irlanda y de Bonifacio en Alemania. La conversión de Nubia pertenece a la historia de la iglesia tanto como la conversión de Constantino.

“La iglesia existe para la misión como el fuego para quemar”, escribió en el siglo XX el teólogo protestante Emil Brunner.<sup>3</sup> Espero que estás páginas, aunque esquemáticas, demuestren precisamente eso.

---

<sup>1</sup>Véase Vaticano II, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad Gentes* (AG), 2.

<sup>2</sup>Dale Irvin and Scott Sunquist's *History of the World Christian Movement* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 2001 / 2010), Frederick A. Norris's *Christianity: A Short Global History* (Oxford: OneWorld Publications, 2002). La obra de Schroeder está en preparación, y será publicada dentro de unos años por Orbis Books.

<sup>3</sup>Emil Brunner, *The Word in the World* (Londres: SCM Press, 1931), 11.

## La misión de Jesús crea la iglesia

Jesús fue un misionero, enviado por Dios a predicar el Reino de Dios, estar a su servicio y dar testimonio de él. Su mensaje fue el del amor increíble de Dios, que perdona a los pecadores, incluso aquéllos excluidos por una sociedad religiosa refinada, sana a los enfermos, expulsa los demonios, invita a los hombres y mujeres a vivir reconciliados con sus prójimos, y hasta con sus enemigos. La suya era la visión de una nueva sociedad, y su invitación era al arrepentimiento, pero no, como el novelista canadiense Rudy Wiebe lo parafrasea, mediante un sentimiento morboso de culpa sino mediante un cambio de mentalidad, “un modo de pensar diferente”<sup>4</sup> Todos sus dichos y parábolas, y todos sus hechos de sanación y exorcismo, y su misma actitud de incluir a todos y de desafiar la Ley en defensa de los seres humanos contribuían a explicar el sentido de su mensaje fundamental: “Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios. enmiéndense y tengan fe en la buena noticia” (Mc 1, 15).

El desafío de Jesús de volver a imaginar el mundo, de pensar de manera diferente a Dios, la religión y la comunidad, era también un desafío *dentro del* judaísmo, en el sentido de imaginar una nueva forma de judaísmo, “de ser judío de una manera nueva”, como dice el teólogo anglo-estadounidense Kenan Osborne.<sup>5</sup> Aunque reunió un grupo de discípulos en torno a sí y le dio una estructura básica con Pedro y los Doce, es probable que no tuviera ni idea (al menos al principio de su ministerio) de estar sentando las bases para lo que llegaría a ser posteriormente una “iglesia,” una comunidad diferente del judaísmo que continuaría su misión una vez que hubiera salido de este mundo.

No obstante, Jesús fue ejecutado como blasfemo y delincuente, como consecuencia directa de la visión que vivió y proclamó. Su desafío a imaginar otra cosa fue interpretado erróneamente por los líderes inseguros del judaísmo como una traición a la tradición judía, y como una visión que podía subvertir el poder colonizador de Roma. Pero los vínculos de la muerte no pudieron con él, y sus tímidos seguidores lo experimentaron como todavía vivo. Y así la comunidad que formó durante su ministerio continuó reuniéndose en su nombre para partir el pan en su memoria como les había dicho que hicieran, y para escuchar la sabiduría de Pedro y de los Doce. Pero aún así e incluso después de la experiencia del Espíritu en Pentecostés, la comunidad seguía sintiéndose básicamente judía. Comprendieron, sí, que habían sido llamados a continuar la misión de Jesús de predicar el Reino de Dios, estar a su servicio y dar testimonio de él al pueblo judío. Dios había dado a los judíos otra oportunidad después de la resurrección de Jesús, y les instaba a proclamar a Jesús como Mesías y a arrepentirse antes de su segunda venida para establecer el Reino de Israel. Pero difícilmente podían entenderse como una “iglesia,” una realidad distinta de su identidad y tradición judías.

Poco a poco, sin embargo, la comunidad cayó en la cuenta de que Dios en el Espíritu tenía otros planes para ese pequeño rebaño. Según el relato de los Hechos de los Apóstoles (de

---

<sup>4</sup>Rudy Wiebe, *The Blue Hills of China* (Toronto, Canadá: McClelland & Stewart, New Canadian Library Edition, 1995), 258.

<sup>5</sup>Kenan Osborne, *A Theology of the Church for the Third Millennium: A Franciscan Approach* (Leiden: Brill, 2009) en preparación).

contenido teológico, pero históricamente exacto), después de la ejecución de Esteban por haber proclamado el mesianismo de Jesús y cuestionado el significado último del judaísmo, los miembros del movimiento de Jesús se propagaron por las aldeas vecinas. Uno de ellos, Felipe, predicó el mensaje a los samaritanos (pueblo mestizo judío-pagano), que lo aceptaron gozosamente. Felipe fue llamado también a predicar a un eunuco etíope, que venía de Jerusalén, una persona que por su condición física nunca hubiera podido llegar a ser un judío de pura cepa. Como consecuencia, el que era considerado inepto por el judaísmo fue aceptado como seguidor de Jesús una vez que descubrió la fe en Jesús. A Pedro le tocó predicar a Cornelio, un gentil, y su familia, y los admitió en la comunidad. Por último, como se lee en el libro de los Hechos, algunos de los que huyeron de Jerusalén después de la ejecución de Esteban predicaron a los gentiles en la gran ciudad gentil de Antioquía, y esas personas también aceptaron a Jesús, fueron admitidas en la comunidad, y recibieron de sus vecinos el nombre de “cristianos”. Fue en Antioquía donde la comunidad de Jesús comenzó a caer en la cuenta del pleno alcance de su destino y a perfilar su identidad. Escuchando los susurros del Espíritu que abaten las fronteras, reconoció que estaba iniciando una nueva manera de ser religiosa. Fue entonces cuando comenzó a considerarse “iglesia.”

En otras palabras, fue en la práctica de la misión, o sea superando las fronteras del judaísmo y acogiendo en la comunidad a personas de otras nacionalidades y culturas, cómo los integrantes de esta antigua secta judaica comenzaron a reconocerse como distintos de los judíos. El Espíritu los había impulsado más allá del judaísmo para ayudarles a ver que su fe en Jesús y la misión que cumplían en su nombre les daban una identidad nueva.

La comunidad de Jesús trascendió el judaísmo y se convirtió en iglesia. De forma análoga, la repetición actual de esta dinámica misionera continúa creando la iglesia, que es misionera por su propia naturaleza.

### **Pablo y la iglesia del Nuevo Testamento**

Aunque hasta los siglos IV ó V, especialmente en la zona oriental de Palestina y en el imperio pérsico, el cristianismo continuaría expresándose fundamentalmente a través de una especie de cristianismo judío, en el imperio romano, especialmente en Asia Menor, o en lo que es ahora Turquía, comenzó a florecer un cristianismo formado mayormente por gentiles. Uno de los grandes misioneros de los primeros años del cristianismo fue Pablo, anteriormente judío, que hizo largos viajes misionales a Turquía y Grecia y sus escritos tuvieron tanta influencia que algunos estudiosos han sostenido que es él el verdadero fundador de la religión llamada cristianismo. Por sus cartas sabemos que en su labor misionera Pablo contaba con un gran número de colaboradores, tanto mujeres como hombres. Al parecer, estos primeros misioneros cristianos aprovecharon la vasta red de carreteras romanas para predicar el evangelio en muchas de las principales ciudades del Imperio, y por una de las cartas sabemos también que en la misma Roma la iglesia ya estaba sólidamente establecida. En el capítulo 16 de la carta a los Romanos, Pablo menciona por su nombre a muchos de estos hombres y mujeres: la diaconisa Febe, el matrimonio Prisca y Áquila, Epéneto, María, Andrónico y Junia (a quienes

nombra entre los apóstoles), Aristóbulo, Pérside, Hermes, etc.

Las epístolas de Pablo nos permiten entrever algunos de los ministerios que realizaba la comunidad primitiva en el imperio romano. Había diáconos, apóstoles, colaboradores, sanadores, profetas, evangelistas, pastores, maestros (véase Rm 16, 1 Cor 12, Ef 4). Otros testigos del Nuevo Testamento hablan de presbíteros o ancianos, identificados muchas veces como supervisores u obispos (por ejemplo, 1 Tim 3, Tito 1, Santiago 5, 14). Algunos de estos ministerios tenían en vista la atención interna de la comunidad, pero el crecimiento constante de la comunidad cristiana constituye el testimonio de una actividad intencionalmente misionera, llevada a cabo incluso en un contexto de suspicacia y persecución. La primera carta de Pedro insta a la comunidad a dar razón de su esperanza (1 Pe 3, 15).

### **Se contaban el evangelio**

Otros documentos de la iglesia primitiva revelan la existencia de apóstoles y profetas itinerantes que, como Pablo, iban de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad predicando el evangelio. Éstos aparecen en uno de los documentos cristianos más antiguos, más antiguo tal vez que algunos de nuestros textos canónicos, la Didajé o Enseñanza de los Doce Apóstoles, que se remonta a principios del siglo II, muy probablemente en Siria. Sin embargo, como sostiene Michael Green, quizás los mejores misioneros de la iglesia primitiva eran los hombres y mujeres de la gente común que predicaban con su vida íntegra y compartían su entusiasmo con sus vecinos y familiares: personas que “se contaban el evangelio”<sup>6</sup> en el mercado, lavando la ropa, haciendo las compras. A esta obra misionera extraoficial hace referencia también el sociólogo de la religión Rodney Stark, quien afirma en sus escritos con cuánta probabilidad la difusión del cristianismo se haya debido a la red de relaciones personales y familiares, en la que las mujeres convencían a los maridos, las madres compartían con sus hijas e hijos, y los amigos entre sí.<sup>7</sup>

El evangelio se compartía espontáneamente. Pero quizás la comunicación más eficaz era a través del testimonio de los cristianos. En efecto, los no cristianos quedaban maravillados de la forma en que los cristianos se amaban. Rodney Stark lo confirma cuando relata cómo la gente estaba impresionada por la manera en que los cristianos se preocupaban unos de otros durante las epidemias inevitables que brotaban en algunas ciudades densamente pobladas e insalubres. Pero dice que los cristianos iban más allá, ya que se preocupaban también de personas que no eran miembros de su comunidad, y a causa de ese testimonio muchos se convertían y entraban en la iglesia. Normalmente, cuando alguno contraía una plaga se lo abandonaba en la calle hasta que se moría. Ante el hecho de que los cristianos se ocupaban por igual tanto de los cristianos como de los no cristianos, muchos pensaban que tal vez valía la pena pertenecer a esa nueva religión. Lo mismo habría que decir de la seriedad con que los cristianos tomaban el matrimonio, lo cual ejercía una atracción especial, especialmente en las mujeres. El divorcio estaba prohibido, como también la eliminación de las niñas recién nacidas,

---

<sup>6</sup>Michael Green, *Evangelism in the Early Church* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 1970), 173.

<sup>7</sup>Rodney Stark, *The Rise of Christianity* (San Francisco: Harper Collins Publications, 1996).

así como el aborto. No dejaba de ser asimismo un testimonio el hecho de que el cristianismo era una religión de alto costo, en el sentido de que podía costarle a uno el sacrificio de la propia vida. La gente se sentía atraída por el hecho de que estas personas deseaban morir por sus creencias y esperaban una vida más plena después de la muerte. La nueva religión creció a causa de la autenticidad de vida de personas comunes, de personas que vivían la misión en su vida de todos los días.

El cristianismo se propagó por todo lo que es actualmente Turquía y Grecia, así como por la costa septentrional de África, y desde Antioquía hasta los confines orientales del imperio romano. Se propagó también a través de los estados intermedios entre Roma y su gran rival, el imperio pérsico. En 301 el rey de Armenia, convertido por el capadocio Gregorio, el Iluminador, declaró cristiano su reino.

Aunque la evangelización de Etiopía, en África, encuentra sus raíces en el anónimo eunuco etíope del capítulo 8 de los Hechos de los Apóstoles, el primer indicio histórico de la presencia del cristianismo en ese país se remonta a Frumencio, un joven sirio, del siglo IV. Frumencio había sido vendido como esclavo al rey de Axum en Etiopía, a quien convirtió con su predicación del evangelio. El rey lo envió a Alejandría de Egipto para buscar misioneros que vinieran al país, pero Frumencio fue consagrado obispo y enviado nuevamente a Etiopía en nombre del Patriarca de Alejandría.

### **La misión y el monasticismo**

A principios del siglo IV los cristianos constituían aproximadamente el 10 por ciento del imperio romano. Según Stark, para que ello ocurriera la tasa de crecimiento tendría que haber sido del 40 por ciento por decenio, de suerte que para el año 350 los cristianos habrían llegado a ser casi la mitad de la población del imperio.<sup>8</sup> Al final del siglo III, el emperador Diocleciano había considerado este crecimiento como una amenaza para la tradicional religión romana y dirigió una persecución en todo el imperio contra los cristianos y cualquier otra organización religiosa que no se sometiera a la práctica religiosa romana. Pero la persecución no logró detener la onda del crecimiento cristiano. Según las palabras famosas del teólogo latino Tertuliano, la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos, pues las conversiones continuaban. Un nuevo emperador, Constantino, se dio cuenta de que era imposible detener a los cristianos, de manera que se alió con ellos. Había llegado a ser único emperador después de la batalla de Puente Milvio, en las afueras de Roma, en la que había dado a sus soldados la orden de diseñar la cruz en sus escudos. En 313 emanó un edicto de tolerancia que legalizó el cristianismo en el imperio, en virtud del cual se concedieron a esta nueva religión condiciones de favor. En 381 el emperador Teodosio declaró al cristianismo religión oficial del imperio.

Aunque este proceso resultaba muy beneficioso para el cristianismo, y lo saludaron con entusiasmo escritores como Eusebio de Cesarea (que hasta habló de Constantino como el apóstol decimotercero), hubo que pagar un precio para tanta prosperidad. El cristianismo, que

---

<sup>8</sup>Ibíd., 3-27.

había sido una religión de alto costo, ahora representaba una ventaja. Ello dio lugar a conversiones de masa y, con ellas, a una cierta mediocridad de la fe y de la práctica religiosa.

En este contexto comenzó a desarrollarse en la iglesia un nuevo movimiento, el del monasticismo. Algunos hombres y mujeres comenzaron a tomar conciencia de que ya no era posible el “martirio rojo” y buscaron el “martirio blanco” de la vida ascética. Uno de los primeros “mártires blancos” fue Antonio el ermitaño, que vivió en el desierto de Egipto como uno de los innumerables ermitaños que optaron por la dura vida del desierto en vez de la vida fácil de las ciudades. Eran hombres y mujeres que huían del mundo, pero eso no era suficiente para que tuvieran el éxito que tuvieron. Con el tiempo llegaron a ser puntos de referencia para muchos que buscaron en ellos orientación espiritual e inspiración, y así su vida solitaria y ascética se transformó en una nueva forma de testimonio en el mundo. Como ya se ha indicado, el monasticismo no se limitó a los varones, sino que también hubo muchas mujeres, Synlectica entre las más famosas.

Algunos monjes como Pacomio y Juan Casiano comenzaron como ermitaños en África del Norte, pero al formarse en torno a ellos comunidades de monjes, las presidieron y escribieron las reglas famosas que todavía hoy son leídas por su sabiduría. Tanto Pacomio como Casiano viajaron a Europa y establecieron comunidades en lo que hoy es Francia. Se dice que algunos monjes egipcios viajaron a Irlanda y fueron, quizás, los fundadores de un fecundo monasticismo irlandés que floreció después que Patricio convirtió la isla en el siglo V. El monasticismo irlandés desarrolló su propio método misionero. A modo de penitencia, algunos monjes irlandeses zarpaban de Irlanda hacia lo que es hoy Inglaterra y Escocia como “peregrinos de Cristo” (*peregrini pro Christo*). Predicaban el evangelio durante el viaje y una vez establecidos invitaban a algunos hombres a formar una comunidad monástica, desde la cual otros saldrían para hacer su propia *peregrinatio*. El importante monasterio de la isla escocesa de Iona es la fundación del monje irlandés Columba; y otro monje, Columbano, viajó hasta Italia, donde estableció un monasterio. El monasticismo irlandés es famoso también por sus “monasterios dobles, duales o mixtos” (monjes y monjas que vivían en casas separadas, pero asistían juntos a los servicios religiosos y realizaban tareas comunes). De éstos fueron famosos el monasterio encabezado por la Abadesa Brígida de Kildare, y el gran monasterio presidido por Hilda en Whitby, al norte de Inglaterra.

El movimiento monástico también floreció en Asia Menor (la Turquía actual) y Grecia. En Capadocia (Asia Menor), hombres como Basilio, su hermano Gregorio de Niza y su mejor amigo, Gregorio Nacianceno, y mujeres como Macrina, hermana de Basilio y de Gregorio, vivieron parte de su vida en comunidades monásticas, aunque los tres hombres fueron designados para ser obispos, un fenómeno común en la época, no obstante su oposición personal. (En una obra sobre el monasticismo Juan Casiano escribió que “un monje debe huir como sea de las mujeres y de los obispos”.<sup>9</sup>

Como muchos de los monjes del desierto oriental y africano, Benito dio comienzo a su vida monástica a principios del siglo VI como ermitaño. Al poco tiempo, sin embargo, su ermita

---

<sup>9</sup>Juan Casiano, *De Institutis Coenobiorum et de Octo Pincipalium Vitiorum Remediis*, XI, 18 (en J.-C. Guy, ed., SC 108.444). El texto original reza así: “. . . omnimodis monachum fugere debere mulieres et episcopos.”

de Subiaco, cerca de Roma, se rodeó de hombres que querían tener su orientación. Al poco tiempo escribió su famosa regla, se desplazó hacia el sur a Monte Casino, donde se le juntó su hermana gemela Escolástica, que vivía en un monasterio cercano. La versión del monasticismo de Benito era menos ascética que la de los monjes del desierto. Buscó un equilibrio entre el trabajo y la oración y enseñó a sus monjes la medida en la comida y la bebida. Su versión del monasticismo no tardó en convertirse en la forma más popular del monasticismo en Europa, donde en poco tiempo surgieron miles de monasterios en todo el continente. En una época en la que Europa retrocedía ante el embate de las invasiones de tribus provenientes del norte, y en el oeste el imperio romano estaba al borde de la ruina, los monjes benedictinos daban testimonio de disciplina y civilización. Sus monasterios, como anteriormente los monasterios irlandeses, preservaban los tesoros de la cultura occidental, tanto secular como religiosa. Preservaban las tradiciones agrícolas y farmacológicas, y educaban a los jóvenes en las escuelas de los monasterios. Sus monasterios eran puestos de vanguardia de la evangelización, como lo demuestra la obra de Bonifacio y Leoba en la Alemania de hoy, y Agustín de Cantorbery en Inglaterra. Bonifacio tal vez se mantuvo demasiado distante de la cultura local sajona, pero paradójicamente su monasterio fue el lugar donde se escribió en el siglo IX el Heliand, el grandioso evangelio sajón.

En el este, desde Antioquía y Siria oriental los monjes viajaban con los comerciantes por la “ruta de la seda” atravesando el Imperio Pérsico hasta llegar a China. Después de la legitimación del cristianismo en el Imperio Romano por parte de Constantino, el Imperio Pérsico lanzó una terrible persecución que costó la vida a decenas de miles de cristianos. Y tras la aparición del Islam en el siglo VII los cristianos sobrevivieron bajo el régimen musulmán, aunque no siempre a sus anchas. Pero los monjes y las monjas continuaron existiendo y establecían hospedajes a lo largo de la ruta de la seda. En el siglo VIII, según lo que se lee en un monumento descubierto en China en el siglo XVI, los monjes sirios orientales, conducidos por un monje llamado Alopen, habían llegado a China, establecido un monasterio en Chang’an, la ciudad más grande del mundo de entonces), y traducido los textos cristianos en chino. Hace relativamente poco se descubrió una colección de “Los sutras de Jesús”, maravillosa inculturación de los textos cristianos. Un siglo después, más o menos, un obispo llamado Adam vivía en la capital y trabajaba con monjes budistas en la traducción de las escrituras tanto cristianas como budistas. Desafortunadamente, este primer período cristiano floreciente llegó a su fin a principios del siglo X, cuando cayó la dinastía T’ang y el cristianismo pasó a segundo plano. También los monjes sirios orientales viajaron muy pronto a la India, y hasta pueden haber llegado a Sri Lanka e Indonesia. En esos lugares establecían monasterios, atendían a los comerciantes y mercaderes, y sin duda evangelizaban también a la población autóctona. Años después, cuando los portugueses llegaron a la India, descubrieron allí una comunidad cristiana que estaba relacionada con los Patriarcas de Antioquía y usaba el rito sirio en sus liturgias.

En el siglo X los monjes Cirilo y Metodio, dos hermanos de sangre, fueron enviados por la iglesia bizantina al este para evangelizar a los eslavos en la actual Europa centro-septentrional. Bajo muchos aspectos podemos considerarlos precursores de lo que hoy llamamos inculturación, por su insistencia en que el evangelio fuera predicado y las escrituras

fueran traducidas en la lengua eslava local. Para ello crearon un alfabeto que todavía se sigue llamando alfabeto cirílico, aún cuando haya sufrido cambios en el curso de los años. Pero sus esfuerzos de adaptación fueron contrarrestados vehementemente por los misioneros de la iglesia latina, por lo cual los hermanos viajaron a Roma para ver al papa, quien aprobó su labor. En torno al año 1000 Rusia fue evangelizada por los monjes enviados desde Bizancio. Se cuenta que cuando los representantes rusos viajaron a Bizancio y experimentaron el esplendor de la liturgia monástica se convirtieron al instante y pidieron misioneros para Rusia, los cuales convirtieron al Zar y al pueblo ruso.

### **La misión y el movimiento mendicante**

El monasticismo continuó siendo una poderosa fuerza evangelizadora después del primer milenio, como lo sigue siendo todavía hoy. Pero en torno al siglo XIII comenzó a surgir otro movimiento que será la forma en que se predicaría el evangelio en el período comprendido entre los siglos XIII y XVI. Se trata del movimiento mendicante, que nace especialmente con la Orden de los Frailes Menores bajo Francisco de Asís y la Orden de los Predicadores conducida por Domingo de Guzmán de Caleruega.

Los Franciscanos y Dominicos, sin embargo, fueron solamente dos ejemplos de los movimientos que se difundieron en esa época, especialmente en el cristianismo occidental. En el occidente, la dirigencia eclesial se había vuelto poderosa e, inevitablemente, corrupta, de ahí que comenzaran a proliferar los llamados a un retorno a la pureza y simplicidad del evangelio y a vivir la “vita apostolica” (la vida apostólica). De este tipo fueron los movimientos de Pedro Valdo en Francia, de carácter eminentemente laical, que reclamaban una reforma de la jerarquía y una mayor atención pastoral de los fieles. Desafortunadamente, el movimiento de Valdo no fue bien visto por los dirigentes eclesiásticos y fue condenado, lo mismo que varios otros grupos (tales como el grupo probablemente ortodoxo de los Humiliati, y el seguramente heterodoxo de los cátaros). La genialidad de Francisco y Domingo consistió en trabajar por la reforma y la renovación de la iglesia manteniéndose fieles a la institución.

Desde el comienzo, el movimiento de Francisco fue un movimiento laical. Todos conocemos la historia de su conversión y su opción por la pobreza. Recorría toda la Umbría predicando el evangelio en todas partes, y en poco tiempo atrajo seguidores. En cierto momento viajó a Oriente con una de las Cruzadas, y estando allí abandonó el campamento para ir a predicarle al sultán cerca de Damietta. Se quedó tres días con él, y en vez de morir mártir por la fe como hubiera deseado, logró que el sultán quedara muy impresionado de su mensaje pero más todavía de su persona. Francisco, a su vez, quedó fascinado del espíritu de oración del musulmán, y la conversación con el sultán influyó en la regla franciscana que redactó posteriormente. En esa regla, Francisco se referiría a dos clases de predicación del evangelio: la directa, y la del testimonio. Puede ser que de esas instrucciones viniera el dicho que se le atribuye: “predica el evangelio todo el tiempo, si es necesario utiliza las palabras”.

Casi desde el comienzo hubo mujeres en el séquito de Francisco. La primera y más cercana Clara de Asís, que vivía en el centro de la ciudad con otras mujeres, dedicadas a la



oración, no por ellas mismas sino por la obra que Francisco y sus hermanos estaban haciendo. No eran *exclusivae*, cerradas al mundo, sino *inclusivae*, abiertas al mundo a pesar de estar encerradas, como era propio de las mujeres en aquellos tiempos. Clara mandó muchas de sus hermanas a tierras musulmanas para dar testimonio del evangelio, aunque la mayor parte de ellas fueron martirizadas poco después de haber llegado.

Cabe mencionar en esta breve historia a otros dos franciscanos importantes. Ramón Lull, o Raimundo Lulio, fue un terciario franciscano y una de las figuras más destacadas de la historia de la iglesia y de la misión. Estaba convencido de que los musulmanes podían convertirse si se les presentaba el evangelio en su propia lengua y de una manera que pudieran entenderlo, por eso se pasó la vida aprendiendo el árabe, escribiendo cientos de volúmenes, y enseñando en diversas partes de Europa. Participó en tres viajes misionales desde España a África del Norte. En dos de ellos fue deportado casi inmediatamente, en el tercero fue martirizado. El otro franciscano importante de esa época fue Juan de Montecorvino, obispo franciscano enviado a la corte de China en los años 1200, en los que había vuelto a florecer el cristianismo, aunque por breve tiempo. Los cuadros de Juan lo muestran con atuendos episcopales fuertemente influenciados por la cultura china.

Domingo de Guzmán de Caleruega, en España, era un canónigo regular de Osma que participó con su prior Diego, nombrado obispo para ese entonces, en dos misiones diplomáticas que influirían decisivamente en su vida posterior. En una de esas misiones, en Tolosa, Francia, se encontró con un cátaro con el cual permaneció toda la noche conversando, tratando de convencerlo de la verdad de la iglesia y de los errores en que había incurrido él. Al final, el cátaro se arrepintió y volvió a la iglesia. Cuando más adelante Domingo se encontró con un grupo de inquisidores que viajaban en gran estilo les sugirió que si vivían con mayor sencillez tal vez su ejemplo contribuiría a cambiar a los herejes que querían erradicar. Cuando Diego murió y Domingo quedó solo reunió algunos seguidores para concretizar sus convicciones de una vida sencilla unida a la piedad y a la enseñanza. Así comenzó la Orden de los Predicadores, una orden que cautivó el siglo XII. Eran hombres muy doctos, predicadores expertos y de vida sencilla que recorrían toda Europa predicando y pregonando la reforma. También enviaron representantes a China. Y, como en el caso de Francisco, desde el comienzo de la Orden participaron mujeres en los apostolados dominicanos. La más famosa fue Catalina de Siena, conocida en su ciudad natal por sus obras caritativas, y que hasta llegó a viajar a Avignon para persuadir al papa a que regresara a Roma y se liberara de la influencia del rey francés.

En los Países Bajos, especialmente, surgió un movimiento de hombres y mujeres conocidos con el nombre de begardos y beguinas. Eran grupos de laicos que vivían en comunidades (beguinajes), que no eran de clausura monástica, sino que llevaban una vida de intensa caridad en el mundo. Entre las mujeres más conocidas figuran María de Oignies, Matilde de Magdeburgo, y Matilde de Hackenborn. A causa de su estilo de vida activa, sin embargo, la iglesia sospechaba siempre de ellas y algunas hasta fueron ejecutadas como herejes. Pero representan los esfuerzos constantes de las mujeres por vivir una vida cristiana de intensa dedicación y actividad en el mundo, que recién en los siglos XVIII y XIX lograrían prosperar.

Hacia finales de esta era, en 1453, la grandiosa ciudad de Bizancio sucumbió finalmente ante los invasores musulmanes, y el imperio bizantino, que había durado unos mil años acosado de todos lados por las amenazas musulmanas, terminó siendo conquistado. En el Oriente había habido una actividad misionera esporádica, incluso bajo la amenaza musulmana, pero ahora ya era imposible.

### **La misión en el siglo XVI y la aparición de los jesuitas**

El siguiente acontecimiento importante en la historia de la misión de la iglesia se produjo en el siglo XVI, en el que el horizonte del Occidente se vio indeleblemente marcado por el “descubrimiento” o encuentro con los pueblos de las Américas y por la intensificación de los contactos con los pueblos de Asia. Fue también el siglo en el que el cristianismo quedó desgarrado por los cismas provocados por Lutero, Calvino y algunos otros reformadores.

Al final del siglo XV, Cristóbal Colón “descubrió”, o “se encontró con”, o “invadió” (según el punto de vista de cada uno) un mundo hasta entonces desconocido para Europa. Él y los sucesivos exploradores europeos encontraron una vasta tierra habitada por personas que nunca habían oído hablar de Cristo ni del evangelio. Mientras la motivación de España, y en su momento Portugal, era en gran parte la codicia, sus reyes y reinas estaban interesados también en la conversión de los indígenas de estas tierras nuevas (nuevas para los europeos). Por eso los misioneros franciscanos, dominicos, agustinos acompañaron a los diversos exploradores en sus viajes de conquista y ulterior descubrimiento: la famosa política de la cruz y la espada.

Se hicieron conversiones, pero hubo mucha explotación de los pueblos indígenas de las Américas. En Española (la isla donde están actualmente la República Dominicana y Haití), los misioneros dominicos salieron en defensa de los indígenas. Justo antes de la Navidad de 1501, el dominico Antonio de Montesinos predicó un sermón en el que condenó el abuso de la población local por parte de los encomenderos: “Estáis todos en pecado mortal”, exclamó, y tenéis tanta posibilidad de salvación como los que no han sido bautizados.<sup>10</sup>

Se cuenta que en el templo había un joven encomendero de nombre Bartolomé de Las Casas. Al volver a España, Las Casas se hizo sacerdote y después dominico, y por el resto de su vida defendió la causa de los indios de América. Hizo muchos viajes atravesando el Atlántico ida y vuelta, defendiendo a las poblaciones indígenas ante el rey de España y las autoridades eclesiásticas, y con una producción literaria voluminosa, que le ha merecido el apelativo de defensor de los indios. Aunque en un cierto momento promovió la idea de sustituir a los indios con esclavos africanos, no bien comprendió la incoherencia se arrepintió de haberlo pensado. Es una de las grandes, y no pocas, “voces de compasión” de los misioneros enviados a América Latina en esa época.<sup>11</sup>

En la otra parte del mundo, en el decenio de 1530 España comenzó a colonizar las

---

<sup>10</sup>Texto original en Gustavo Gutiérrez, *Las Casas: In Search of the Poor of Jesus Christ* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1993), 29.

<sup>11</sup>Véase Justo L. González, “Voices of Compassion,” *Missiology: An International Review*, 20, 4 (1992): 163-173.

Filipinas y, como en América Latina, los dominicos, agustinos y franciscanos fueron enviados a evangelizar el país. Al principio, los misioneros estaban muy abiertos a la cultura local. Aprendieron el idioma y hasta tradujeron al tagalog un catecismo escrito en México. Pero se fueron aliando cada vez más con el gobierno español, eran dueños de grandes extensiones de tierra, y fueron más bien opresores de la población local. Algunas de las hermosas iglesias españolas que existen todavía hoy fueron construidas prácticamente por esclavos bajo la supervisión de los misioneros españoles. A fines del siglo XIX el novelista filipino nacionalista José Rizal criticó duramente a los frailes. No obstante, Filipinas es el cuarto país católico mayor del mundo, conocido por su lealtad a la iglesia católica.

Mientras de Las Casas estaba tratando desesperadamente de persuadir a los españoles y al papa de que se respetara la humanidad de los pueblos latinoamericanos, primero Lutero y después Calvino comenzaban su labor monumental de arquitectos del protestantismo. Lucharon denodadamente contra algunos de los abusos de la iglesia medieval (corrupción del clero, desatención pastoral, olvido de la Palabra de Dios, prácticas supersticiosas en el ámbito de los sacramentos, venta de indulgencias) y como Roma se negaba a escuchar, formaron sus propias iglesias. Europa quedó dividida entre católicos y protestantes, lo cual llevó a agitaciones no sólo religiosas sino también políticas. A las cuales siguieron al menos 200 años de guerras insensatas y de persecuciones de católicos contra protestantes y de protestantes contra católicos. En este contexto nace la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola, ex soldado que experimentó la conversión mientras se recuperaba de una herida recibida en una batalla, e imprimió en la Compañía de Jesús un estilo militar. Dotados de un alto grado de disciplina, cultura, motivación y movilidad, los jesuitas (como se los llamaba) dieron cuerpo a un tipo completamente diferente de vida religiosa: ni monjes ni mendicantes, religiosos *activos*. Emitían un cuarto voto, el de estar a disposición directa del papa, y propagaron rápidamente en toda Europa sus conocimientos y sus aptitudes para la predicación, dos instrumentos poderosos para atraer nuevamente a la iglesia católica a los que se habían pasado al protestantismo.

Los jesuitas eran asimismo un nuevo tipo de misioneros. Fueron a América Latina y comenzaron en el Paraguay las “reducciones”, asentamientos de indígenas que los jesuitas reunían para protegerlos de los explotadores españoles y portugueses. La película *La misión* presentó un cuadro conmovedor del trabajo de los jesuitas en las reducciones. También fueron a Asia. Quizás el más famoso fue Francisco Javier, compañero y amigo de Ignacio. Javier fue primero a la India, donde es legendario su celo por las conversiones. De ahí pasó al Japón, donde quedó tan impresionado de la cultura que en un informe dirigido a Ignacio relató maravillas de ese pueblo: eran las mejores personas que había encontrado en todos sus viajes, dotadas de una gran cultura, sinceras, y, una vez convencidas de la verdad, comprometidas con ella. Mientras en la India había aplicado más bien un método de *tabula rasa* para la misión, en el sentido de no tener en cuenta la cultura local, en Japón fue mucho más consciente de la cultura. Vestía como un japonés, sus colaboradores eran japoneses, y trataba de explicar el evangelio de forma que los japoneses pudieran entenderlo.

Uno de los misioneros jesuitas más importantes fue el italiano Alessandro Valignano, el

cual estaba convencido de que los misioneros debían liberarse del dominio de los portugueses, el principal poder europeo presente en Asia en ese momento. Para los portugueses, hacerse cristiano significaba abandonar la cultura propia y llegar a ser europeo. Valignano, en cambio, estaba convencido de que el cristianismo no estaba ligado a Europa sino que podía desarrollarse en cualquier cultura. Trató de formar a los jesuitas en esta perspectiva y muchos resultaron modelos de este enfoque. El más famoso de ellos fue Mateo Ricci. Ricci trabajó en China, y llegó a ser famoso por su dominio de la lengua, su dominio de los libros clásicos del confucianismo, y su conocimiento de las ciencias occidentales. Su vasta cultura lo acercó al emperador, y cuando murió fue sepultado con los máximos honores chinos. Logró convertir un grupo pequeño pero importante de chinos, algunos de los cuales fueron ordenados sacerdotes.

En la India, el jesuita Roberto de Nobili se adaptó a la cultura de forma bastante parecida. Vestía como un gurú o sabio hindú, un saniasi, y fue el primer europeo que logró dominar el sánscrito. Conocía bien la filosofía hindú y los textos sagrados, y hablaba del cristianismo en términos de la cosmovisión india. Lamentablemente, tuvo muchos antagonistas en vida, y, aunque fue reivindicado, sus adaptaciones del evangelio (como las de Ricci) fueron condenadas en lo que se llamó la “controversia de los ritos”. Un capítulo triste y complicado en la historia de la misión, que desalentó todo intento real de tomar en serio las culturas locales. Las decisiones de la “controversia de los ritos” fueron levantadas recién en el decenio de 1940.

Cabría mencionar a otro misionero jesuita en Asia, aunque vivió un poco después, en el siglo XVII. Se trata de Alejandro de Rodas, misionero en Viet Nam. De Rodas elaboró un alfabeto para escribir el vietnamita, que se usa todavía hoy. Redactó un fascinante catecismo en el que integró los principios confucianos con la doctrina cristiana y formó hombres catequistas que se encargaron de una vasta evangelización en el país. Terminó siendo expulsado de Viet Nam, y murió como misionero en Persia.

Los jesuitas trabajaron también entre los iroqueses y los hurones de lo que hoy es Canadá, adaptándose a la situación local. Acompañaban a las poblaciones más nómadas de la Primera Nación y hacían todo lo posible para aprender sus idiomas y costumbres. Les tocó estar en medio de guerras tribales, mirados con suspicacia por una y otra de las tribus beligerantes. Algunos fueron martirizados, como Isaac Jogues y John de Brebeuf, junto con el laico René Gupil, canonizados como mártires norteamericanos. María de la Encarnación fue la primera misionera de América del Norte. Se estableció en Montreal, Canadá, y erigió escuelas para las niñas francesas y las americanas nativas. Otras mujeres francesas fueron a la colonia francesa de Montreal. Una mujer natural de América, Kateri Tekawitha, abrazó la fe inspirada por las misioneras francesas y fue “beatificada” por la iglesia.

En ese momento Europa estaba siendo devastada por las Guerras de Religión, que provocaron una actitud de escepticismo frente a la religión y de una mayor confianza en la razón humana. En el Siglo de las Luces comenzó a haber, por primera vez en la historia, una confianza en el potencial humano, junto con las dudas sobre la existencia de una dimensión trascendente de la vida y el comienzo de un secularismo que fue desembocando en un ateísmo

total.<sup>12</sup> Como consecuencia de muchos factores, de los cuales no fueron los menores en importancia la controversia de los ritos así como la controversia jansenista, los jesuitas fueron suprimidos en 1773 (aunque en Rusia nunca fueron suprimidos). La bancarrota emotiva y religiosa de Europa, la supresión de los jesuitas, y el desastre de la Revolución Francesa de 1789 conspiraron para poner fin prácticamente a la labor misionera en todo el mundo. Se dice que en 1800 no había más que unos pocos centenares de misioneros católicos en todo el mundo. Un cuadro sombrío que, sin embargo, cambiaría espectacularmente en el siglo sucesivo.

### **El “Gran Siglo de la misión cristiana” y el modelo de misión de las Sociedades**

El año 1800 señaló sin duda el punto más bajo, el nadir, de la actividad misionera católica, pero también el comienzo del gran surgimiento de la labor misionera protestante que marcó el siglo XIX y, al menos, la primera parte del siglo XX. Lutero y especialmente Calvino habían creído que ya no hacía falta la actividad misionera porque que los destinados a la salvación ya habían recibido el evangelio. Los Pietistas luteranos dirigidos por el Conde Nicholas Ludwig von Zinzendorf realizaban alguna actividad misionera en el siglo XVIII, pero la labor misionera protestante despegó recién después de 1793, con la publicación del famoso tratado de William Carey sobre la obligación de los cristianos de convertir a los “paganos”. Un verdadero despegue. Carey y unos pocos compañeros fueron a la India, y poco después les siguieron muchos otros. Al poco tiempo iban misioneros a China, así como al África. La misión llegó a ser un movimiento importante también en los Estados Unidos, donde se contrataron misioneros para trabajar en China, Polinesia y Oceanía. Se constituyeron sociedades misioneras como la Sociedad Misionera de Londres, la Sociedad Misionera Bautista en Inglaterra, y la American Board of Commisioners for Foreign Missions en los Estados Unidos.

La explosión de la actividad misionera en el siglo XIX coincidió con el interés de Europa, y posteriormente de los Estados Unidos, por la expansión colonizadora. El colonialismo facilitó la labor de los misioneros británicos en las nuevas tierras colonizadas de la India, Kenya y Costa de Oro (actual Ghana). Los colonizadores estaban contentos con que se enseñara a los cristianos a ser buenos súbditos británicos, y que las escuelas misionales educaran a hombres y mujeres en la lengua y la cultura europeas, contribuyendo así a formar una clase de funcionarios públicos al servicio de los poderes colonizadores. Los misioneros, católicos y protestantes, no siempre eran víctimas de los poderes coloniales, pero a menudo sí lo fueron, consciente o inconscientemente. Un ejemplo claro de misionero autóctono es Samuel Ajayi Crowther. Mientras era llevado como esclavo desde Nigeria, su país natal, la armada británica interceptó el barco que lo transportaba, y fue puesto a salvo en Freetown, Sierra Leona. Con el tiempo Crowther fue enviado como misionero a su nativo Yurubaland, donde llegó a ser obispo. Desafortunadamente su sucesor no fue un africano sino un británico.

Para 1815, la paz se había restablecido en gran medida después de la derrota de

---

<sup>12</sup>Para una historia detallada de esta evolución, véase Charles Taylor, *A Secular Age* (Nueva York: Oxford University Press, 2006).

Napoleón en Waterloo. En ese mismo año se levantó la orden de supresión de los jesuitas. Las órdenes religiosas, expulsadas de Francia durante los días aciagos de la Revolución comenzaban a restablecerse. El papado, que había visto debilitarse al máximo su poder bajo Napoleón con el encarcelamiento de los papas Pío VII y Pío VIII, estaba reconquistando su prestigio en Europa. En el siglo XVIII y comienzos del XIX se habían fundado pocas órdenes misioneras: los Espiritanos en 1703, los Misioneros de la Preciosa Sangre en 1815, los Oblatos de María Inmaculada en 1816, los Hermanos Maristas en 1817. Pero después de 1830, más o menos, hubo prácticamente una explosión de órdenes ya que el catolicismo había adquirido una nueva vitalidad y la expansión colonial necesitaba una dimensión religiosa. Los Padres Maristas fueron fundados en 1836. En 1848, Francis Liebermann fundó la Congregación del Inmaculado Corazón de María, que tuvieron que fusionarse y tomar el nombre de espiritanos. Los Misioneros del Sagrado Corazón fueron fundados en torno a 1850 por Jean Jules Chevalier (1824-1907). En 1866 fueron fundados los Misioneros de Mill Hill, en 1868 los Padres Blancos, en 1875 Arnold Janssen fundó la Sociedad del Verbo Divino. En el decenio de 1840 fue la fundación de los Misioneros combonianos. Muchas de estas congregaciones masculinas tenían también congregaciones de hermanas: Hermanas Maristas, Hermanas de la Preciosa Sangre, Hermanas Combonianas, Hermanas Misioneras del Espíritu Santo, Hermanas Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua. Los Estados Unidos vieron la fundación de las Hermanas del Santísimo Sacramento y las Hermanas de la Sagrada Familia, ambas dedicadas a trabajar con los americanos de origen africano y las primeras, fundadas por Santa Katherine Drexel, trabajaban también con los americanos.

En el siglo XIX y comenzado el siglo XX había miles de misioneros sobre el terreno. Según la historiadora Dana Robert,<sup>13</sup> el 60 por ciento de los misioneros protestantes de los Estados Unidos eran mujeres. Había también muchas misioneras católicas pero no tantas como protestantes. La labor de la misión era variada: escuelas, universidades, hospitales, clínicas, obras de caridad y ayuda material. La mayoría tenía ideas claras sobre los objetivos de la acción misionera, o sea la salvación de las almas y la implantación de la iglesia. La mayor parte pensaba y enseñaba (al contrario, en realidad, de la enseñanza de la iglesia católica) que los que morían sin el bautismo eran condenados al infierno, o, por lo menos, enviados al limbo. Las culturas y religiones locales eran vistas fundamentalmente como un mal y debían abandonarse para llegar a ser verdaderamente cristianos. Era el tiempo de las grandes seguridades,<sup>14</sup> el “Gran Siglo” al que se refiere el historiador Kenneth Latourette en tres de los volúmenes de su historia de la misión.<sup>15</sup> Los misioneros trabajaban en todas partes de África, en Asia meridional, sudoriental y nordoriental, en las islas del Pacífico, en Nueva Zelandia y Australia.

---

<sup>13</sup>Dana L. Robert, *American Women in Mission: A Social History of Their Thought and Practice* (Macon, GA: Mercer University Press, 1996), 37.

<sup>14</sup>Robert J. Schreiter, “Changes in Roman Catholic Attitudes toward Proselytism and Mission,” en James A. Scherer and Stephen B. Bevans, eds., *New Directions in Mission and Evangelization w: Theological Foundations* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1994), 113-125.

<sup>15</sup>Kenneth Scott Latourette., *A History of the Expansion of Christianity* (Nueva York: Harper & Brothers, 1937-1945), los volúmenes 4, 5 y 6 abarcan el “Gran Siglo,” que él sitúa entre 1800 y 1914.

En 1910, se reunieron en Edimburgo 1.200 delegados de todo el mundo protestante para una Conferencia Misionera Mundial, con el tema (santo y seña de John R. Mott): “la evangelización del mundo en esta generación”. Un mundo de seguridades que no tardaría en sucumbir.

### El siglo XX y los comienzos del XXI

A pesar de la devastación causada por las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, la “era de la certeza” continuó por algún tiempo. Pero se trataba de una certeza constantemente minada por los nuevos enfoques de la teología, la nueva comprensión de la cultura, el comienzo de la era de la descolonización y posterior surgimiento de los nacionalismos, y el renacimiento de las religiones locales. En la época del Vaticano II (para centrarnos más en la perspectiva católica), se respiraban aires de cambio, que fueron dando lugar a lo que Robert J. Schreiter ha llamado el “período de fermento” en la misión.

El Vaticano II presentó una imagen diferente de la iglesia. La misión era considerada como parte integrante de su misma identidad, y no principalmente como una realidad territorial, ni como centrada en determinadas personas en circunstancias particulares. En cierto sentido el Concilio se hizo eco de una reunión celebrada en 1963 en México bajo el patrocinio del Consejo Mundial de las Iglesias, cuyo tema era la misión de hoy realizada “en seis continentes”.<sup>16</sup> Como vimos en la ponencia anterior, esta perspectiva fue uno de los aportes más importantes de *Ad Gentes* (AG), el documento sobre la misión. La cultura, tal como se presenta en la AG y en el documento sobre la iglesia en el mundo moderno (*Gaudium et Spes* [GS]) es considerada positivamente, y se insta a los misioneros a “advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes”.<sup>17</sup> En la Declaración sobre las relaciones de la iglesia con las religiones no cristianas (*Nostra Aetate* [NA]), también se reconoce que en esas religiones se refleja “un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres”. El Concilio enseñó claramente la posibilidad de la salvación fuera de la fe explícita en Cristo (véase LG 16).

Este período de fermento, que dio lugar a ideas muy nuevas acerca de la misión, no tardó en poner en crisis la manera cómo la iglesia entendía la misión. Una crisis que se hizo sentir en las iglesias protestantes así como en la iglesia católica. Según la expresión famosa del obispo anglicano Stephen Neil, si todo es misión, nada es misión. En otras palabras, si toda la iglesia es misionera, no hace falta una misión especial hacia las culturas, ni que haya personas particulares que sean misioneros transculturales y extranjeros. Si las culturas son santas y buenas, ¿por qué los cristianos tendrían que perturbarlas con una religión occidental? Lo que dejaba más perplejos quizás era que si todos, mujeres y hombres, podían salvarse sin un conocimiento explícito de Cristo y sin la iglesia, ¿por qué algunas personas tendrían que dejar su patria y su cultura para ir a predicar el evangelio? Después del Vaticano II, las vocaciones misioneras comenzaron a decaer y muchos misioneros abandonaron las misiones y volvieron a

---

<sup>16</sup>Conferencia sobre Misión Mundial y Evangelismo (CWME), Ciudad de México, 1963.

<sup>17</sup>Vaticano II, Decreto sobre la Actividad Misionera, *Ad Gentes*, 11.

sus patrias. Al final de los años sesenta y principios del setenta se hablaba de una “moratoria” de la actividad misionera. En las tierras tradicionalmente de misión algunas personas instaban a todos los misioneros extranjeros a volver a su patria y a ofrecer los recursos destinados a su sustento para el desarrollo de las iglesias locales.

En torno al año 1975, sin embargo, tras el Sínodo de obispos sobre la evangelización y la publicación de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (EN) de Pablo VI, así como gracias a acontecimientos semejantes experimentados dentro del protestantismo, como el encuentro de Nairobi del Consejo Mundial de las Iglesias y el encuentro de Lausanne de los protestantes evangelistas en 1974, la misión ha experimentado un “nuevo nacimiento”. Lo que hizo la EN, como ya hemos visto en la ponencia anterior sobre la enseñanza de la iglesia, fue ampliar la idea misma de misión hasta incluir actividades como la inculturación y el trabajo por la justicia y la liberación. Esta ampliación de la misión continuó en la encíclica *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II, en la que (haciéndose eco de la EN) se indica la misión como “una realidad unitaria pero compleja”.<sup>18</sup> Juan Pablo afirma que la misión comprende no sólo la inculturación y el trabajo por la justicia, sino también el diálogo interreligioso. En el párrafo 37 de RM se refiere a muchos otros ámbitos de la misión, por ejemplo: el mundo de la comunicación, la pastoral urbana, la juventud, y la ciencia.

En los años siguientes a la RM el concepto de misión ha seguido evolucionando. Después del gran acontecimiento de la Conferencia de Medellín en 1968, surgió una teología de la liberación no teórica sino basada en la praxis (acción/reflexión) de las comunidades eclesiales de base, comprometidas en la liberación política y social, así como en la liberación del pecado personal y estructural, causa de la opresión institucional. Robert J. Schreiter ha elaborado una reflexión sistemática sobre la necesidad de incluir la pastoral de la reconciliación como parte integrante de la misión en un mundo tan violento como el de hoy. Especialmente después de la caída de los regímenes de opresión, como los de Sudáfrica, Argentina y Nicaragua, y tras el genocidio étnico perpetrado, por ejemplo, en Rwanda y Burundi, la reconciliación no es una realidad teórica sino una necesidad apremiante. Schreiter sostiene que la reconciliación es una de las formas principales que puede asumir la buena nueva en el mundo de hoy, de ahí que sea parte integrante de la práctica misional.

Ha habido advertencias del Vaticano sobre una tendencia manifestada en las iglesias asiáticas de obnubilar la centralidad de Cristo como salvador universal. Aunque el tono de las intervenciones no ha sido muy feliz, el problema era real. Un verdadero diálogo con personas de otras creencias sólo puede darse si tenemos claro el papel del todo único de Cristo en la historia de la salvación. La cuestión de la migración está pasando cada vez más a un primer plano como central en la actividad misionera de la iglesia. El “mundo de las misiones” vuelve a las “iglesias madre”. Ya no hay, por consiguiente, iglesias que sólo “envían” o “reciben”, sino que todas envían y reciben.

En la iglesia de hoy, esta realidad tiene también otro sentido. Como en Occidente han disminuido las vocaciones misioneras, cada vez más se envían misioneros desde los “dos tercios

---

<sup>18</sup>Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Missio* (RM), 41.



del mundo” a otros países tradicionalmente de misión, y también para ejercer la pastoral con los emigrantes en los países occidentales. En mi propia congregación (Sociedad del Verbo Divino), por ejemplo, casi una sexta parte de los miembros es indonesia, y los misioneros provienen en su mayor parte de Indonesia, la India, y Filipinas. Yo estoy escribiendo esta ponencia desde Australia, y lo interesante es que en el programa de formación hay solamente miembros provenientes de las Islas del Pacífico, la India y Viet Nam. Entre los protestantes, el número mayor de los misioneros viene de Corea. Muchos misioneros de los dos tercios del mundo son destinados a Europa, América del Norte, Australia y Nueva Zelanda para reevangelizar las culturas secularizadas y sordas al mensaje evangélico. Ello, por supuesto, trae aparejados sus propios problemas.

Además, hoy la misión es realizada en gran parte por laicos (mujeres y hombres). Muchos de ellos participan en misiones a corto plazo que van desde una semana (médicos destinados a Haití) a varios años (la Asociación Misionera de los Fieles de Maryknoll, que firman acuerdos por cinco años, renovables indefinidamente). Se podría decir que la labor misionera más significativa de hoy es la realizada por el laicado durante períodos más cortos, hasta tal punto que cabría hablar de la era de los misioneros laicos a corto plazo.

### Conclusión

Lo escrito en estas pocas páginas no es más que una presentación somera y superficial de la larga historia de la iglesia, marcada en gran parte por el testimonio misionero. Espero, sin embargo, que basten estos elementos para que los lectores descubran la centralidad de la actividad misionera a lo largo de toda la trayectoria histórica de la iglesia. Los misionólogos y otros escritores religiosos sugieren que estamos viviendo en la era de la “iglesia mundial”. Pero los que conocen la historia de la iglesia, toda su historia, saben que *siempre* hemos vivido en esa era. El cristianismo nació en Asia, se difundió al oriente en Persia y hasta China, al sur en Etiopía y Nubia, al occidente en África del Norte y al norte en lo que es ahora Francia, Alemania, Irlanda, Inglaterra y Escocia. Cuando Europa “descubrió” tierras nuevas, la iglesia la acompañó. Todo esto le significó entrar en conversación con el zoroastrismo, el judaísmo, la religión romana, el islamismo, y las diversas religiones de Europa septentrional, el hinduismo, el budismo, el confucianismo, las religiones locales de Indonesia y Filipinas. Muchos misioneros como Alopen, Cosme y Damián, y Alejandro de Rodas, toman en serio las culturas locales, y, como Francisco de Asís, Bartolomé de las Casas y María de la Encarnación, se comprometieron siempre con el bienestar de las personas por las cuales trabajaban. Pero la misión tiene también su cono de sombra. Misioneros como Bonifacio y los frailes españoles en las Américas denigraron la cultura y predicaron un cristianismo que la destruyó. Muchos condenaron las religiones locales. Muchos colaboraron con la expansión colonial del siglo XIX.

Además de las luces y sombras, hay otro factor. En la EN, Pablo VI hizo hincapié en el hecho de que “el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización”<sup>19</sup>. Es el Espíritu el

---

<sup>19</sup>EN 75.

que creó la iglesia, y continúa dotándola para la labor de la misión mediante los dones que dispensa a todos los cristianos, y la desafía constantemente a abandonar su “zona de comodidad” para realizar la voluntad de Dios en el mundo. En realidad, la historia de la misión es la historia del Espíritu Santo, el revés de la historia de Dios en la creación. Nuestro gran privilegio y gracia como iglesia consiste en ser de alguna manera partícipes, o sea sacramentos, de esa historia de amor, sanación y liberación.

### **Preguntas para el discusión**

El profesor Bevans ha pintado a grandes rasgos un panorama histórico de la Iglesia- tarea ardua en tan poco tiempo y de difícil enfoque en nuestro debate. Vamos a examinar sólo dos puntos.

1) En los primeros tiempos de la Iglesia Apostólica, el crecimiento de la Iglesia está arraigado en la labor evangélica de los apóstoles, pero se sintió alentado por el "chismorrear del Evangelio"- el testimonio ordinario de los cristianos en su vida cotidiana. **¡Cuente sus propias historias y dé ejemplos del "chismorrear del Evangelio" que le han impactado más profundamente!**

2) A lo largo de la vida misionera de la Iglesia aparece de modo continuo el tema de la relación de la Iglesia con el Estado. Reflexione sobre la relación de la Iglesia y el Estado en su unidad de la Congregación. **¿Cómo esto incide en la obra misionera de la Iglesia?**